

## VACILACIONES Y ABANDONOS DE LOS INTELLECTUALES DEL PCE

### Carta a Ramón Tamames (1981)<sup>1</sup>

«Como se sabe, las tensiones de clase operan de modo oscuro en los individuos impulsándoles a tomar posiciones a veces difícilmente explicables o enmascaradas bajo falsas motivaciones. Y a nadie le tiene que extrañar que tales tensiones se manifiesten entre los intelectuales, profesionales y artistas del PCE, sobre todo en aquellos que, como se ha dicho, no han asumido la conciencia de clase de forma plena ni el marxismo como concepción del mundo por vía teórica, por mucha simpatía que sientan por el partido obrero en el que militan.»

Madrid, junio 1981

Sr. D. R. T. G.  
MADRID

Querido amigo:

Acabo de oír por RNE que el próximo lunes abandonas el PCE.<sup>2</sup> No me ha sorprendido la noticia: la radio y la prensa de estos días se ha referido con insistencia a esta posibilidad. Ahora eres tú; hace unos días fue Eugenio Triana; mucho antes, fueron José María Mohedano, Valeriano Bozal y otros muchos profesionales, artistas, intelectuales, etc. Sin duda algo importante ocurre en el PC español o en la sociedad española, ya que, si un individuo abandona un partido, se habla y se busca la motivación en problemas personales, pero cuando lo abandonan numerosas personas el problema excede los límites de lo personal para alcanzar el ámbito de lo social: es decir, cuando son muchas las personas que quieren abandonar el PCE y estas personas tienen algo en común, los motivos del abandono tienen que revestir un carácter social tanto por parte de las personas como por parte del propio Partido, que, por sí mismo, es en realidad una entidad social.

#### **Necesidad de discusión a fondo de la cuestión de los intelectuales en el Partido y de proporcionar una explicación verosímil al militante común**

Al analizar este abandono del PCE por los profesionales es necesario poner mucho cuidado en no caer en la fácil tentación de reducir las causas a simples condiciones personales. No. El análisis tiene que enfrentarse con:

- 1) lo más importante, la estructura social del país y los cambios sufridos en los últimos años;
- 2) la organización y composición real del PCE;
- 3) la propia condición y evolución personales de los profesionales, de alguna manera determinada por la composición y desarrollo de la sociedad española y por la posición de clase de sus familias.

---

<sup>1</sup> Mecanoescrito; distribuido en su momento por Eloy Terrón, no se ha encontrado copia ni el original manuscrito en su archivo personal. Transcripción, revisión y glosas de Rafael Jerez Mir.

<sup>2</sup> Las iniciales R. T. G. corresponden al economista Ramón Tamames González, que abandonó el PCE en mayo de 1981. (*N. del ed.*).

De hecho, aquí sólo me propongo establecer una hipótesis explicativa cuya verificación exigiría estudiar cada caso particular y la composición estadística de los casos en su conjunto, así como un estudio concreto de la composición (y evolución) de las clases de nuestra sociedad. Se hace necesario perfilar y adelantar una hipótesis explicativa por dos motivos:

- i) por la urgencia de dar una explicación verosímil a los miembros del partido;
- ii) para iniciar una discusión a fondo en el PCE sobre el papel de los intelectuales, su procedencia de clase y el surgimiento de la nueva intelectualidad de clase (intelectualidad procedente de la propia clase obrera) y las motivaciones de la desorientación y de la frustración hoy existentes; por lo demás, no menos importante es la valoración del papel jugado por los profesionales e intelectuales que abandonan el partido en la evolución del PCE durante las últimas décadas del franquismo y en el período de transición.

Es un hecho que el desenlace de la Guerra Civil, la represión y la lucha guerrillera de los años cuarenta redujeron al PCE a unas condiciones puramente testimoniales en el interior del país. Es cierto también que la represión judicial y policial se cebó de forma preferente sobre los comunistas, a quienes castigó con mucha más saña que a los miembros de cualquier otro partido. Así mismo, no es menos cierto que los comunistas y el marxismo en general, a pesar de la terrible persecución y de la intensa propaganda visceral (recuérdese el tan repetido “Franco, sí; comunismo, no”), se beneficiaron ampliamente de las victorias del pueblo soviético sobre el nazismo, primero, y de la actuación de los partidos comunistas del centro de Europa, Yugoslavia, Italia y Francia en la lucha guerrillera (partisana) contra el fascismo; pues, a pesar de todo, los comunistas aparecían para las masas oprimidas (brutalmente oprimidas por los empresarios y por el complejo y variopinto aparato de represión franquista) como héroes; más aún: en los años finales de la década de los cuarenta se llegó a decir en un periódico tan serio y probo como *Le Monde* “los marcianos entran en Sanghai” para dar una idea de lo que eran los comunistas chinos que culminaban su victoria en la guerra civil teniendo enfrente a Chiang Kai-Shek, apoyado de modo decidido por los norteamericanos y los ingleses.

Esta imagen de los comunistas, nacida y desarrollada en la lucha contra el nazifascismo, resultó favorecida por una cierta benevolencia y simpatía de los medios de comunicación capitalistas que se beneficiaban del heroísmo de los combatientes comunistas; luego, la guerra fría vino a destruir de forma brutal la superficial “luna de miel” impuesta por la lucha contra el nazismo. Al mejoramiento y embellecimiento de esa imagen, y a despertar amplia simpatía hacia ella, colaboraron con generosidad muchos intelectuales y artistas burgueses de los países anglosajones que más tarde fueron perseguidos por McCarthy y demás cazadores de brujas yankis.

### **Rechazo del medio por parte de la juventud universitaria al revolverse contra la moral hipócrita de la época y conocer los éxitos del comunismo**

A pesar de los enormes esfuerzos realizados por la clase dominante española para *aislar* intelectual y materialmente a España del mundo que la

rodeaba, no se pudo impedir que la elevación de la Unión Soviética a la categoría de primera potencia y su decisiva contribución a la derrota del nazismo (y, poco después, a la victoria del pueblo chino) se difundiesen por nuestro país y que las masas trabajadoras se sintiesen esperanzadas (y en cierto modo compensadas de la dura opresión a que estaban sometidas) por las victorias de los trabajadores orientados por el marxismo y guiados por los comunistas.

Ahora bien, si los triunfos y éxitos de los comunistas llegaban a los trabajadores cuando escaseaban los aparatos de radio y la prensa estaba metódicamente controlada y amordazada (aparte de que esta última era ilegible para los obreros, pues no sólo los insultaba y los denigraba sino que los delataba públicamente a la policía y a los tribunales), con más motivo podían alcanzar a los jóvenes de la clase media y de la burguesía, ya que éstos gozaban de formación intelectual y de un superior nivel cultural, que generaban en ellos algunas inquietudes intelectuales y artísticas. Por mínimas que fuesen las inquietudes intelectuales de esos jóvenes, el clima de exaltación y de entusiasmo hacia los comunistas tenía necesariamente que hacerles sentirse duramente frustrados ante el adocenado y mezquino panorama cultural que tenían ante sí; un panorama cuyas tintas venía a ensombrecer aún más la moral hipócrita implantada por los vencedores de la Guerra Civil con el apoyo entusiasta de las organizaciones religiosas. De hecho, esa moral hipócrita -resultado de la coexistencia de un renacimiento de la religiosidad medieval tardía con la aparición de la avasalladora fiebre de negocios propia de los comienzos del capitalismo (esto es, de los rosarios de la aurora, los ejercicios espirituales y los cursillos de cristiandad con el *estraperlo* más formidable de nuestra historia)-, todo ello sazonado con la retórica más vanilocuente y barroca, provocó en los jóvenes de la burguesía y de la alta clase media una sensación de rechazo y de repugnancia.

Es natural que unos jóvenes bien alimentados, elegantemente vestidos y educados en los mejores colegios religiosos sintiesen cierto desprecio por la sociedad en la que nacieron y les tocaba vivir. Pues fue precisamente en su educación donde se despertó la primera contradicción, debido a las enseñanzas y prevenciones que les inculcaban los directores espirituales y los profesores religiosos frente a una sociedad materialista, inmoral, en descristianización creciente y entregada a todas las “concupiscencias” (y sobre todo a la acumulación insaciable de riquezas); tales admoniciones contra el materialismo que anegaba la sociedad constituían un leve toque de atención, suficiente para descubrir a los alumnos el contraste entre los ejercicios espirituales (la confesión frecuente y la comunión diaria) y el *estraperlo* general y la acumulación fenomenal de riquezas. Y, como no podía por menos que suceder, ese descubrimiento llevó a los más ingenuos y timoratos a intentar reformar los defectos más graves desde la organización del manejo de conciencias (las propias órdenes religiosas, la Iglesia) y desde el partido; y a los más atrevidos, a los más audaces e inteligentes, a buscar formas más radicales y eficaces de expresar su conducta: al campo de la lucha política, como era lógico a mediados del siglo XIX, en un momento de graves conflictos políticos a nivel mundial.

**Militancia comunista de la juventud universitaria más crítica en los años 50 y primera crisis y abandonos de los intelectuales del PCE (1957-58)**

Ahora bien, esos jóvenes que en la década de los cincuenta tuvieron la osadía de buscar en la actividad política “real” (y no en la actividad “pseudopolítica” del apolítico Movimiento Nacional, que se había reservado el monopolio de la acción política) el modo de expresar su protesta, su rechazo del entorno corrompido dominante, sólo podían tropezar con dos partidos políticos: el partido de la democracia cristiana, dirigido por Manuel Fernández Jiménez desde Sevilla; y el Partido Comunista de España, que hacia la mitad de dicha década podía muy bien vanagloriarse de ser el único partido político en plena actividad en Madrid y sin duda en el resto del país.

Aunque no conozco muy bien el desarrollo del proceso (a pesar de que por entonces yo estaba en la Universidad de Madrid), entre los años 1953 y 1956 se produjo una gran eclosión en la actividad política del PCE en la Universidad (especialmente en las Facultades de Ciencias Económicas y Políticas, Derecho y Filosofía y Letras) que culminó con el intento de celebración del Congreso Nacional de Escritores Universitarios, cuyo objetivo verdadero consistía en crear una organización de estudiantes universitarios que sustituyese al sindicato burocrático y pseudofascista, el SEU. Los acontecimientos de febrero de 1956 que llevaron a la caída del equipo democristiano de Joaquín Ruiz Jiménez y de Pedro Laín Entralgo, patrocinadores de la tendencia aperturista de la administración educativa, provocaron una grave conmoción en el aparato franquista; conmoción que, por un lado, va a implicar una vuelta a los orígenes y, por el otro, a significar la alianza con una “congregación política” (el Opus Dei) que gozaría de la confianza del Caudillo en las dos décadas siguientes.

En esos mismos años se inicia la euforia industrialista y modernizadora que impulsa a los jóvenes de la burguesía y de la clase media a adoptar actitudes críticas frente al sistema franquista agrarista dogmático (nacional católico) y medievalizante (recuérdense las manifestaciones agrarias de Falange y frases de José Antonio tan repetidas como aquella de “el español es mitad monje, mitad soldado”). Los jóvenes que entraban en contacto con la economía, la ciencia política, el derecho constitucional comparado, la historia moderna o la sociología (suprimida por estos años en las Facultades de Derecho) descubrían muy pronto que España era un país atrasado -atrasado en todos los órdenes de la cultura y de la sociedad-, que los españoles no éramos el ombligo del mundo -como confesaba más tarde Calvo Serer, con motivo de un viaje a Suiza-; todo lo contrario: además de atrasados culturalmente, éramos pobres.

Pues bien: cuando esos jóvenes hicieron ese descubrimiento se encontraron con dos fenómenos que coincidieron en su reorientación: por un lado, el prestigio de los partidos comunistas a nivel mundial; y, por otro, las consecuencias de la lenta y firme labor de reconstrucción y de reorganización del PCE (iniciada a finales de la década de los cuarenta cuando se demostró la ineficacia, la esterilidad, de la lucha armada), consecuencias que se manifestaron en la intensificación de la actividad propagandística y organizadora, no sólo ya -aunque fundamentalmente- entre los trabajadores, pues la acción propagandística se extendió a las nuevas capas de población que iniciaban su distanciamiento del franquismo.

Para explicar la adhesión al PCE de jóvenes procedentes de familias burguesas (y de la alta clase media) habría que añadir un factor personal a

esos dos hechos: la coincidencia en la actividad militante en Madrid de un joven miembro del Comité Central que por su ascendencia de clase, podía tener acceso a numerosas familias de la alta sociedad madrileña;<sup>3</sup> además, se trataba de un joven elegante, muy culto, que hablaba tres idiomas, en especial el francés, del que se servía como su lengua materna y en el que cosechó importantes éxitos; de modo que constituía el prototipo de joven intelectual educado y formado en París, con todos los atractivos que París tenía para los jóvenes de las familias burguesas que continuaban la tradición española de considerar a París la capital de la cultura, del arte y de los buenos y elegantes gustos, de los gustos más refinados. El hecho es que para ese joven militante estaban abiertas las puertas de las mejores familias de Madrid, puertas abiertas que -no cabe duda- él supo aprovechar.

Si se atiende a Madrid -que puede servir de muestra muy significativa-, se apreciará cómo, durante los años 1953 a 1958, se produce la primera promoción de jóvenes universitarios adheridos al PCE, y, en 1957, con motivo de los sucesos de Budapest, el primer amago de crisis entre estos nuevos miembros, aunque los primeros y significativos abandonos tuvieron lugar en enero de 1958, con motivo de la detención de dos o tres decenas de estos jóvenes: la consideración y los proyectos familiares entraron pronto en conflicto con la pertenencia a un partido condenado entonces al más riguroso ostracismo y perseguido con saña no sólo por el gobierno de Franco sino por los mismos funcionarios policiales y judiciales, que veían en ese tipo de actividades un grave peligro para su propio futuro.

### **Desarrollo capitalista industrial, descomposición del régimen franquista y radicalización política de la juventud universitaria en los años 60 y 70**

No obstante, a medida que se aceleraba el desarrollo industrial y que se intensificaba la emigración a los países del Mercado Común y arreciaban las oleadas de turistas desde esos mismos países, trayéndonos nuevas aspiraciones y nuevas esperanzas y deseos, la burguesía acentuaba su distanciamiento del franquismo (convertido ya en un obstáculo creciente para los negocios). Y, con esta nueva perspectiva, los comunistas comenzaron a ser mirados como un accidente de la industrialización y del progreso, y a ser tolerados como un problema lamentable pero inevitable por las familias burguesas.

De hecho, durante la década de los sesenta, los comunistas y sus organizaciones gozaron de uno de los momentos más brillantes en la Universidad; y de los universitarios adheridos al Partido se llegó a decir que eran a la vez los estudiantes más competentes y destacados (lo que es francamente demostrativo de la clase de procedencia de los mismos). La Universidad se convirtió así en el lugar de iniciación en el radicalismo político de los jóvenes de la burguesía y de la alta clase media española, y, con mayor lentitud, de los muchachos de la pequeña burguesía, cuyo talante y manera de

---

<sup>3</sup> Se trata de Jorge Semprún Maura. quien en 1977 recordaría que «desde 1953 hasta 1959, mis domicilios clandestinos en Madrid me los había buscado yo mismo, por mi cuenta y riesgo, y con la ayuda de algunos camaradas: Eloy Terrón en una época, Domingo Dominguín, en otra»; «te acordarás de Eloy Terrón y de su casa de Ibiza durante los primeros años tuyos en Madrid: Eloy te ayudaba a encontrar tus domicilios clandestinos» (*Autobiografía de Federico Sánchez* Barcelona, Diario Público, 2010, pp. 219 y 169). {N. del ed.}.

ser acabaron por dar el tono en la Universidad de la segunda mitad de la década de los sesenta y de toda la década siguiente.

Muchos de los estudiantes que entraron en contacto con el radicalismo político (por entonces máximo) del PCE llevaron sus entusiasmos al seno de sus profesiones cuando se insertaron en la vida social. Esa etapa coincide con la expansión de los sentimientos democráticos de la población española y con la iniciación de la lucha abierta de las masas contra el franquismo, cada día más reducido al núcleo de los fieles de su época clásica y al grupo continuista del Opus Dei, gravemente afectado por el asunto Matesa; lo que, unido a su abandono por la burguesía industrial, que tenía otras miras políticas, le hace entrar en una fase de descomposición final.

Ahora bien, hay que insistir en el hecho de que, a lo largo de los años cincuenta y sesenta, el Partido Comunista era el único que llevaba a cabo una política clandestina, pero cada día más abierta, cuanto mayor era el número de jóvenes procedentes de la burguesía y de la clase media alta que se incorporaban al mismo. ¿Por qué el partido había roto su rigurosa clandestinidad de finales de los años cuarenta para, aun continuando siendo clandestino -ilegal-, llevar a cabo una actividad política de día en día más abierta? Este fenómeno era resultado del cambio social real que se estaba produciendo en el país y de la actitud social y política de los nuevos militantes.

#### **Militancia comunista: vía teórica del intelectual y vía práctica del obrero**

Por lo demás, ese mismo fenómeno se había manifestado ya con anterioridad y resultaba evidente para quienes, como yo, habían tenido relación con militantes obreros y con militantes intelectuales, profesionales, como, por ejemplo, el malogrado Cirilo Benítez, al que podría presentarse como auténtico modelo de intelectual convertido en militante comunista.<sup>4</sup>

Desde provincias tuve ocasión de conocer los dos tipos de militantes: los militantes obreros y los militantes profesionales, procedentes de las clases altas. El militante obrero viajaba en tercera, mal vestido, con el recelo y el miedo a flor de piel, prestando atención a toda persona que se acercaba y hasta a los propios compañeros de departamento; se hospedaba en casa de algún camarada de confianza, iba a pie a las citas en algún bar o taberna, o en casa (en la pobre casa) de algún camarada. Por el contrario, el militante intelectual, como el citado, viajaba en primera bien vestido, con aires de seguridad y descansado, se hospedaba en hoteles respetables, recibía citas en el mismo hotel o en algún lugar "respetable", y, más raramente, en las "humildes" viviendas de los camaradas.

Este diferente comportamiento es lógico, es natural; el militante obrero había recibido palos de todas partes; su detención y desaparición podía pasar completamente desapercibida (inadvertida) porque incluso su familia (si la tenía) se vería obligada a callarse y a tragarse las lágrimas para no empeorar más su situación; no tenía dinero y, lo que es peor aún, le horrorizaba gastarlo; por otra parte, se portaría muy torpemente en cualquier hotel y, si vestía un traje fuera de lo habitual en él, se le notaría en el acto: había sido educado por la necesidad y por el miedo y le era por completo imposible mostrarse

---

<sup>4</sup> Véase *Autobiografía (Formación y desarrollo de la propia personalidad)*, p. 12 y n. 12. (N. del ed.).

arrogante y con orgullo. No es preciso recordar además que, después de la victoria franquista, un obrero era siempre sospechoso: era un vencido, un enemigo latente, a quien había que tratar con dureza preventiva; y los esbirros de aquellos ominosos tiempos estaban siempre dispuestos a ensañarse con los pobres obreritos.

Algunos intelectuales que se han preocupado de estudiar esta etapa creyeron que después de la derrota de los republicanos en la Guerra Civil hubo núcleos dispersos de obreros que conservaron como un fuego sagrado el legado comunista revolucionario y que consiguieron preservarlo durante los años cincuenta y sesenta para hacerlo prender en los jóvenes universitarios. Pero esta secuencia es claramente errónea: los obreros comunistas no hubieran podido entrar en contacto con los estudiantes para convertirlos al marxismo, transferirles su conciencia de clase y conseguir su adhesión al Partido. Las cosas no ocurrieron así (relatado queda que marcharon por otros caminos); probablemente, sólo muy *a posteriori* los jóvenes universitarios entraron en contacto con auténticos obreros. Y aquí radica, sin duda, el origen de los problemas que aparecerían más tarde; tal vez, sólo ahora, en 1981.

Hay una gran diferencia entre la conversión de un intelectual en militante comunista -un hecho poco frecuente en aquellos años- por sus contactos con obreros y la de éstos, que, de alguna manera tal vez no muy teórica, eran comunistas por estar organizativamente encuadrados en el Partido y sobre todo por entregar, con grave peligro, toda su actividad al Partido. Es muy distinto, repitémoslo, adherirse por este camino al Partido y asumir así la conciencia de clase, la teoría marxista revolucionaria y la disciplina militante, que asumir la teoría marxista en círculos estudiantiles universitarios justamente porque la teoría marxista, la ideología comunista, gozaba de una gran popularidad y prestigio.

En el primer caso se trata de un proceso de transformación cualitativa de la conciencia y de la concepción del mundo que sólo puede darse bajo ciertas condiciones: una guerra (la Civil española, la Segunda Guerra Mundial con la expansión del nazismo y la difusión de sus terribles procedimientos,...); la convivencia con una clase aplastada, brutalmente reprimida y explotada como la clase obrera española; etcétera. Este sentimiento constituía el impulso moral y emocional para *asumir* la conciencia de clase y adoptar la única teoría entonces existente para hacer consciente, clara y evidente la conciencia de clase: el marxismo.

#### **Adhesión masiva de intelectuales, profesionales y artistas al PCE: activismo político-electoral y dejación de la creatividad teórica marxista**

Por el contrario, por su elevado número, sus posibilidades de captación y su capacidad de influencia, los jóvenes universitarios que entraron en la Universidad en contacto con los círculos marxistas (mejor dicho, con los círculos del Partido Comunista, dado el débil desarrollo del Partido en las durísimas condiciones de clandestinidad -debilidad organizativa y, lo que es fundamental, debilidad en la formación filosófica y política junto con el escaso o nulo análisis político de la realidad social) pasaron pronto, al menos en Madrid, a ocupar posiciones de gran relevancia dentro del Partido, al que -incluso por lo que se refiere al interior del país- confirieron un talante especial: el modo de ser

que hizo al PCE algo así como más digerible para los grupos de poder que se configuran a la muerte de Franco.

Este talante, este clima, ejerció una influencia decisiva a la hora de irrumpir el Partido a la luz pública -y, mucho más, en el momento de su legalización- para contrarrestar la imagen acuñada día a día durante cuarenta años por la propaganda franquista: una reata de hombre téticos, dominados a latigazos por poderes ocultos transnacionales. Esta imagen era inaceptable incluso para un grupo tan poco favorable como los Propagandistas del Ya, donde inmediatamente después de la impresionante manifestación de duelo en el entierro de los abogados laboristas del despacho de Atocha, escribían un editorial, presumiendo incluso de su previsión, pues ellos conocían ya desde la Guerra Civil la disciplina y prudencia del Partido Comunista.

Es una realidad insoslayable que, al menos en Madrid, el Partido asume un aspecto nuevo, más democrático, más “liberal”, más “civilizado”, debido a la masiva adhesión de intelectuales, profesionales y artistas, que sin trauma ni crisis de conciencia pasaron a constituir por sus personalidades sociales y culturales el grupo más visible e influyente del Partido y el que servía de referencia a la burguesía culta y a los medios de comunicación de masas (véanse *El País*, *Cambio 16*, *Diario 16*, *Triunfo*, etc.) para enjuiciar sus acciones, su comportamiento.

Otro aspecto que hay que tener en cuenta, si se quiere entender científicamente el desarrollo histórico del Partido en los últimos años del franquismo y durante la transición hasta hoy, es la importante cuestión de la educación y formación política de ese significativo estrato de miembros del PCE. Si la inmensa mayoría de los militantes componentes del mismo se habían iniciado políticamente en la Universidad -y, por tanto, por la vía teórica e intelectual, literaria-, era de esperar un intenso desarrollo teórico del marxismo aplicado a las condiciones concretas de España; cabe entonces preguntarse por los frutos de ese esfuerzo intelectual.

Un caso similar es el de Inglaterra después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el Partido Comunista Inglés recibió la adhesión entusiasta de numerosos intelectuales de valía y de un gran número de profesores, maestros y demás: la afluencia de intelectuales al Partido Comunista y al marxismo quedó plasmada en la publicación de innumerables trabajos de gran valía científica en todos los dominios de la cultura. ¿Cabe entonces presumir de que pase lo mismo en España? No se vislumbran muestras que permitan afirmarlo; antes bien, parece que no se advierten indicios de la esperada eclosión intelectual y artística de los esfuerzos de los creadores españoles liberados de la opresión política.

Todo induce a creer que el PCE agrupa importantes cuadros intelectuales, profesionales y artísticos. ¿Dónde están, pues, sus valiosas producciones, sus penetrantes análisis de los problemas más graves con que se enfrenta nuestra sociedad? Salvo rarísimas y contadas excepciones nuestros intelectuales se han instalado en la más aburguesada rutina, incluyendo a algunos “históricos” que presumen de marxistas, por no mencionar a los que ni siquiera pretenden serlo. ¿Qué ha pasado con la formación política de nuestros intelectuales y profesionales que han llegado a las filas del PCE de forma arrolladora?



Es sorprendente que, cuando hasta los intelectuales burgueses y reaccionarios admiten el valor heurístico e interpretativo del marxismo -y precisamente cuando se quiere "liberar" al marxismo de ser la concepción del mundo de la clase trabajadora y de la teoría movilizadora y revolucionaria de los partidos comunistas y obreros para convertirlo en patrimonio de toda la humanidad-, los intelectuales de nuestro partido parezcan renunciar a este instrumento tan valioso para interpretar la realidad política, social y cultural. Parece que los numerosos intelectuales, profesionales y artistas se encuentran en la fase de autodesprendimiento de sus viejas lacras tradicionales y de clase, incapaces aún de recuperar su capacidad creadora y de elevarse hasta un nuevo estadio de la misma; y de ahí que no se manifieste la enorme potencialidad intelectual que se supone aportan al Partido

¿Dónde está la clave de esta situación tan negativa y deprimida? Ésta puede encontrarse en el papel asumido por este estrato de miembros del Partido que, al entrar en él masivamente con toda clase de estímulos, alabanzas y bienvenidas y sin un contraste con la clase obrera, sucumbieron a la tentación de convertirse en activistas de reuniones y en propagandistas (en pegacarteles) callejeros. La actividad durante los últimos años del franquismo y los casi tres años de activismo electoral (parte de 1976, 1977, parte de 1978 y 1979) no les dejó tiempo, reposo ni tranquilidad para estudiar, a pesar de las grandes disposiciones y ventajas con que contaban: su formación universitaria.

Es posible que, en esa renuncia a tomar el marxismo como concepción racional y moderna del mundo y como guía y método para la acción, hayan influido varios factores muy activos y operantes en los países del capitalismo industrial avanzado, como el rechazo de todo autoritarismo, los esfuerzos por liberarse de los corsés religiosos y moralizantes, ahistóricos o medievalizantes del franquismo, la repulsa de normas de conducta simplemente absurdas y grotescas, y la rebelión contra una formación libresca, obsoleta y dogmática, más que manifiesta.

Los jóvenes universitarios adheridos al Partido, portadores del nuevo talante y de la nueva mentalidad, llegaban al mismo predispuestos a rechazar todo lo que tuviera el más ligero asomo de autoridad, de disciplina, de rigor moral, de coherencia intelectual; es decir, llegaban dispuestos a arrojar el agua sucia del baño con el propio niño. Y, si venían dispuestos a rechazar todo tipo de dogmatismo, ¿cómo iban a consentir en ser adoctrinados en el marxismo, sobre el que se lanzaban las más duras acusaciones de dogmatismo desde los grupos de izquierda? Eran de ver las sonrisas irónicas -o de desprecio- que se dirigían al que se le ocurriera citar a Marx, a Engels, a Lenin, todos ellos ampliamente superados por la Escuela de Frankfurt, por Marcuse, por Gunther Frank y por tantos otros. Visto así el fenómeno, parece lógico que estos jóvenes rechazasen el marxismo como un dogma, idea a la que han contribuido muchos de los llamados marxistas teóricos.

Los efectos negativos de su activismo político para la formación marxista de los jóvenes universitarios se vieron reforzados por su imposibilidad para asumir una conciencia de clase que afirmara su identificación con los trabajadores y generase vigorosos lazos de solidaridad para con ellos. Al no asumir una conciencia de clase como núcleo de solidaridad e identificación con la clase obrera, los intelectuales, profesionales y artistas se encontraban -en cuanto a su actividad creadora- anclados en los supuestos de su clase de

procedencia y unidos por lazos de simpatía y de sentimiento con la clase trabajadora. Y esta situación, en un cierto grado ambigua, frustraba su actividad intelectual, cultural, creadora e impedía a este grupo de militantes cumplir su función genuina de intelectuales identificados y solidarios con la clase obrera.

### **Debilitación del PCE al sustituirse la creatividad intelectual y el análisis de los problemas sociales reales por la pugna estéril de sus fracciones**

Así se explica la falta de creatividad en el campo de la interpretación política y social de nuestra realidad, que constituye la genuina tarea de los intelectuales marxistas. Esta ausencia de análisis y de estudio de los problemas peculiares del desarrollo de nuestra sociedad debilita al Partido y lo impulsa en busca de sustitutos a una lucha estéril de fracciones por el poder dentro del Partido y asumiendo, así mismo, problemas alejados para dar contenido a las fracciones en conflicto. Una pugna esterilizadora que desilusiona a los militantes sencillos de la clase, que no entienden nada y -lo que es más grave- pierden toda esperanza, porque nadie les aclara la marcha de los acontecimientos ni cuáles son las correlaciones de fuerzas a nivel nacional e internacional: la grave amenaza de guerra atómica, y tantos y tantos conflictos internacionales con que son bombardeados a diario por los medios de comunicación de masas.

La Guerra Civil, la sangrienta represión, el sofocamiento de todo intento de apertura y progreso, la feroz y grotesca censura, la miseria real que asedió a los trabajadores durante casi todo el período franquista y los cambios generados en el país por el crecimiento industrial impidieron un desarrollo mínimamente normal de un partido obrero y, sobre todo, el surgimiento y la formación de intelectuales procedentes de la propia clase obrera, proceso que sí se dio en países capitalistas del oeste de Europa después de la Segunda Guerra Mundial.

Esa falta se hace hoy especialmente notoria y sensible, porque la existencia de un núcleo de intelectuales de clase inspiraría confianza a los militantes de base y, a la vez, estimularía a los intelectuales procedentes de fuera de la clase obrera. Pero el problema de la formación marxista de los militantes del Partido es más grave, debido al escasamente velado desprecio hacia todo estudio y análisis realizado bajo la guía y el método marxista: sirvan de ejemplo las durísimas críticas dirigidas contra tres profesores que se atrevieron a elaborar y a redactar una historia de la literatura española bajo la orientación del materialismo histórico<sup>5</sup> (es posible que la obra contenga errores, pero a pesar de ellos el simple intento de hacerla debería ser saludado con entusiasmo y estimulado, y no calificado hasta de estalinista).

La circunstancia histórica ha sido muy adversa para el desarrollo de un partido de clase y para la difusión del marxismo (y del leninismo) en España; y la instauración de la democracia y de las libertades de reunión y expresión han llegado demasiado tarde: cuando el capitalismo supermaduro había conseguido introducir los gérmenes de corrupción en todos los estratos de la sociedad, anulando, primero, la conciencia espontánea de clase con la

---

<sup>5</sup> *Historia social de la Literatura española (en lengua castellana)*, de Carlos Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas e Iris M. Zavala (Madrid, Castalia, 1978, 3 vols.). {N. del ed.}

sofisticación de la tecnología y ofuscando, después, la conciencia de todos con la formidable expansión de los medios de comunicación, al conseguir modelar con éstos la conciencia intelectual y emocional e incluso las expectativas y los intereses de las masas, a fin de que quieran y deseen lo que el capitalismo monopolista quiera darles.

Tras el restablecimiento de las libertades democráticas y sobre todo después de la aprobación de la Constitución, una serie de factores -algunos preexistentes y otros nuevos (la crisis económica, el deterioro empresarial, las huelgas, la transferencia de la disciplina de la fuerza de trabajo de las fuerzas de orden público al mercado de trabajo -al paro-, etcétera)- no podían por menos de acabar con aquella mínima contemporización de la burguesía española con el PCE, que había desempeñado el papel de fuerza de choque bajo el franquismo e izado la bandera de la reconciliación para acabar con el espíritu de la Guerra Civil en los últimos veinte años.

En estos últimos tres o cuatro años se han ido deslindando los campos de interés para pasar lentamente al enfrentamiento de la burguesía industrial (los empresarios) con la clase obrera. Es verdad que este enfrentamiento no ha adquirido el carácter de antagonismo abierto, por un doble motivo: a nivel político, por la debilidad de nuestra democracia y por la necesidad de colaboración de la clase obrera para sostenerla, evidenciadas por hechos como el Golpe del 23 de Febrero; y, a nivel económico, porque la crisis obliga a los trabajadores a moderar sus exigencias salariales para favorecer la inversión, lo que lleva de modo inevitable al pacto social. Ahora bien, las contradicciones entre las dos clases características de la sociedad industrial -trabajadores y empresarios- tienden necesariamente a desarrollarse y a someter a su imperio a un mayor número de individuos, tanto de la clase burguesa como de la clase obrera, y las manifestaciones de esa contradicción alcanzan precisamente su culminación entre los intelectuales, en cuanto son incitados a tomar parte en la defensa de una u otra clase.

Como se sabe, las tensiones de clase operan de modo oscuro en los individuos impulsándoles a tomar posiciones a veces difícilmente explicables o enmascaradas bajo falsas motivaciones. Y a nadie le tiene que extrañar que tales tensiones se manifiesten entre los intelectuales, profesionales y artistas del PCE, sobre todo en aquellos que, como se ha dicho, no han asumido la conciencia de clase de forma plena ni el marxismo como concepción del mundo por vía teórica, por mucha simpatía que sientan por el partido obrero en el que militan.

Hay que reconocer que, para continuar la lucha por la dignificación de la clase obrera -por su elevación intelectual y emocional; por su preparación para avanzar hacia una sociedad sin clases y sin explotación, una sociedad socialista-, es necesaria una profunda convicción acerca de la justeza de la lucha; convicción que no puede apoyarse en razones y motivaciones intelectuales sino en lo que constituye de verdad el motor de la vida humana: los sentimientos, la identificación y la solidaridad de clase, que tienen que poseer por su parte raíces profundas para perseverar y resistir, porque la lucha será larga, muy larga y nunca debe extrañar que algunos de nuestros camaradas sufran vacilaciones.

Con el mayor aprecio.